

## MEIRA

Capital del municipio del mismo nombre, situada en un amplio valle al pie de la Sierra así también denominada y emplazada muy cerca del nacimiento del río Miño. Se accede a este núcleo urbano, desde la capital de la Provincia, de la que dista poco más de 30 km., por la Carretera Nacional 640. Su historia, desde los años centrales del siglo XII hasta la Desamortización de 1835, está en buena medida ligada a los avatares del monasterio cisterciense que en su solar se asentó. Parte de sus viejas dependencias, incluso, son ocupadas todavía hoy por servicios municipales.

### *Monasterio de Santa María*

**N**O HAY DUDA, actualmente, de que el monasterio de Meira nació como cisterciense. Tampoco se cuestiona ya la fecha en que ese hecho se produjo. Frente a la tradicional, 1143, ofrecida por A. Manrique a mediados del siglo XVII, hoy se admite sin discusión que ese acontecimiento se materializó entre el 27 de agosto de 1151, día en el que Alfonso VII entrega a Álvaro Rodríguez, Conde de Sarria, casado con Sancha, hija del poderoso Conde de Galicia Fernando Pérez de Traba, la villa yerna de Meira, y el 6 de julio de 1154, data en la que el mismo monarca hace una donación al monasterio, lo que implica que este ya existía entonces. Perteneció Meira, en filiación directa, a la línea de Claraual, la abadía fundada en 1115 por San Bernardo, que será la gran protagonista de la colonización cisterciense en

Galicia. Consta esa dependencia, explícitamente, en una Bula de Alejandro III datada el 10 de febrero de 1161.

Tuvo Meira como primer abad (así se le denomina en el documento citado de 1151, el primero, hoy conocido, que corrobora la existencia del monasterio) a Vidal, un "extranjero", sin duda, visto su nombre, enviado desde la Casa madre borgoñona al frente de la comunidad fundacional. De Claraual dependerá hasta su incorporación, en 1516, a la Congregación de Castilla.

Dos monasterios femeninos estuvieron bajo la dependencia inmediata de Meira. Fue el primero el de San Salvador de Ferreira (Pantón, Lugo), un cenobio de orígenes altomedievales entregado a Meira en 1175 por Fronilde Fernández, la restauradora de su vida comunitaria, casada con Rodrigo Pérez,



*Fachada oeste*

"El Velloso", hijo del segundo matrimonio de Pedro Froilaz, perteneciente, pues, al poderoso grupo familiar de los Traba, presente, entre otros núcleos, en el arranque del monasterio que nos ocupa. Santa María de Moreira, también en Lugo (municipio de Castroverde), es el segundo. Nace en 1198 por iniciativa de la condesa Sancha Álvarez, hija de los previsibles fundadores / promotores de la abadía que nos ocupa.

#### LA IGLESIA

Se conserva hoy en sus trazos básicos, pese a los avatares sufridos por el monasterio, tanto antes como, sobre todo, tras la Desamortización, tal como quedó definida tras su construcción. Las alteraciones que sufrió a lo largo del tiempo, muy evidentes, no afectaron a su esencia ni impiden una correcta valoración de sus particularidades estructurales y decorativas, adecuadamente tratadas, sin estridencias, en las intervenciones restauradoras que el monumento ha conocido desde la Guerra Civil hasta la actualidad.

La iglesia, orientada litúrgicamente, tiene planta de cruz latina, con tres naves muy largas (9 tramos), doblando la

central, en anchura, a las laterales; crucero marcado, con dos tramos por brazo, siendo el del medio cuadrado, y cabecera compuesta por cinco ábsides, el central semicircular precedido por tramo recto, ligeramente más ancho que el cierre, los laterales, dos por lado, cuadrados, rematados a oriente por un muro común plano.

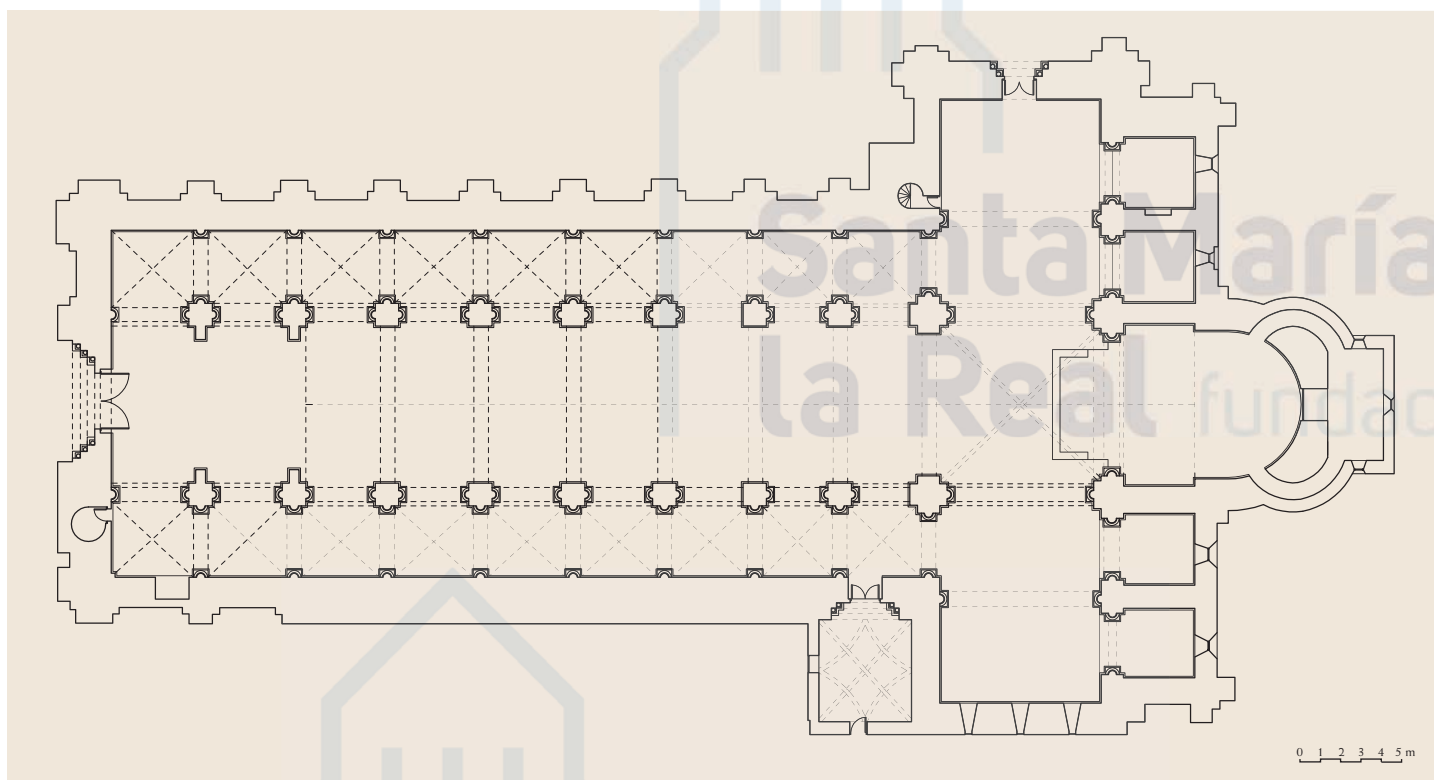
Se acomoda esta planta, en sus rasgos esenciales, a uno de los modelos más frecuentemente empleados en las empresas de la Orden del Císter, el denominado *bernardo*. Le separa de él, tan solo, la conformación del cierre de la capilla central, semicircular y no rectangular, como acontece en el modelo canónico. El esquema empleado en Meira, en cualquier caso, está bien documentado en el corpus constructivo cisterciense europeo, contando con dos paralelos más o menos coetáneos, muy significativos ambos, en tierras hispanas: las abaciales de los monasterios de La Oliva (Navarra) y Huerta (Soria).

En su interior, la iglesia destaca, ante todo, por su simplicidad, un rasgo que no debe sorprender en una empresa cisterciense. Sus muros están contruidos, en lo esencial, con aparejo de sillería granítica de tamaños muy irregulares elevados sobre un banco de fábrica de escasa altura y resalte.

Nave principal







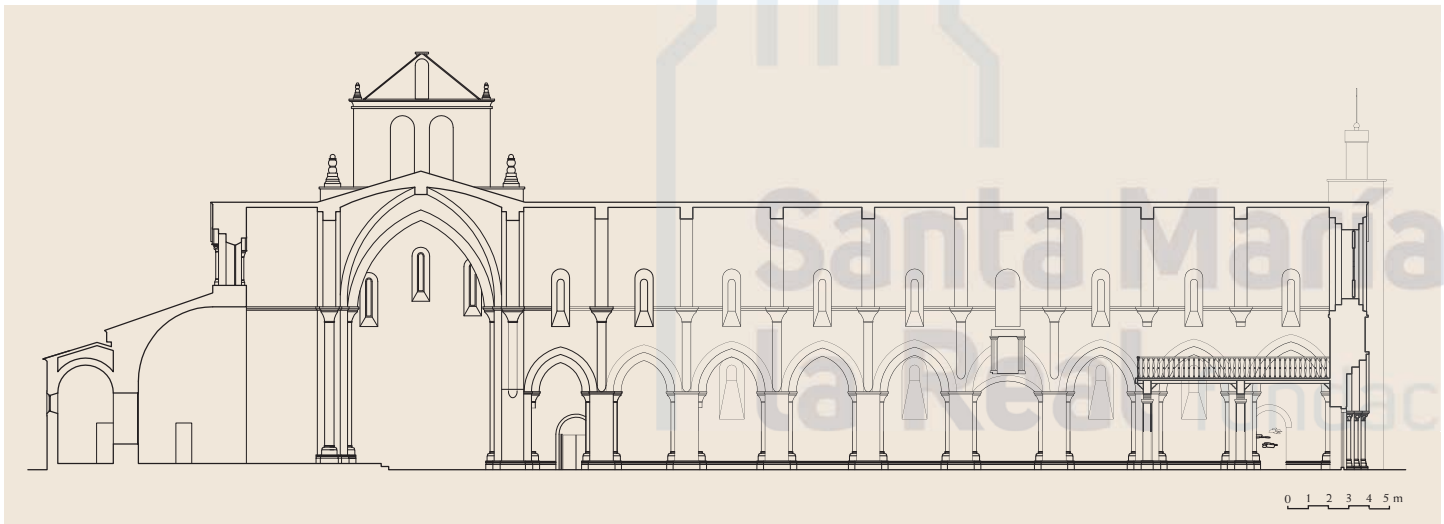
Planta

Alzado sur



La nave central, cuyo ancho dobla el de las laterales, también superadas en altura, se cubre mediante una bóveda de cañón apuntado sostenida en arcos fajones sencillos —salvo el toral, doblado—, de idéntica directriz, sección prismática y aristas vivas. A excepción de la dobladura del toral, que descarga sobre pilastras, dichos arcos descansan en semicolumnas de fustes truncados rematados en conos lisos. Las cinco primeras columnas comenzando por el toral finalizan a la altura del nacimiento de los formeros, las dos siguientes hacen lo propio un par de hiladas más arriba a consecuencia de las

reformas emprendidas durante la construcción del coro alto, una obra que obligó a suprimir las columnas de los dos últimos fajones. Los capiteles presentan forma acampanada y carecen de ornamentación, a excepción de los inmediatos al crucero en el lado sur, donde se contemplan dos piezas con decoración vegetal estilizada de escaso resalte; uno de ellos con bolas entre los remates de las hojas. Sobre los capiteles un cimacio de perfil en nacela se prolonga a modo de imposta por los muros, marcando el arranque de la bóveda. La imposta se interrumpe en cada tramo, menos en el primero del lado



Sección longitudinal



Alzado este



Sección transversal



norte, por la apertura de ventanas cuya mitad superior penetra en la bóveda creando lunetos. Las ventanas, de gran sobriedad, se caracterizan por su longitud. Culminan en un arco de medio punto, de aristas vivas, que se apoya en las jambas, igualmente sin molduración. Estos vanos se disponen sobre los arcos formeros que, como los fajones, son apuntados y de perfil rectangular, pero ahora doblados. Los del primer tramo cuentan con una altura menor a los restantes debido a que la dobladura se apea, en el lado del pilar toral, sobre una pilastra, mientras en los restantes lo hace sobre el núcleo del pilar. Otra excepción a este sistema lo hallamos en los últimos arcos, que penetran en el muro occidental. Por su parte, los arcos inferiores descansan en columnas entregas de fustes lisos y tambores en perfecta correspondencia con las hiladas del pilar donde se empotran. Sus basas, áticas con toros aplastados, siguen el esquema habitual en los edificios de la Orden. La mayoría de estas piezas se atan con garras de motivos diversos en las esquinas. Los capiteles, que siguen siempre el principio de sobriedad impuesto por la normativa cisterciense, serán analizados más adelante de manera conjunta. Los pilares que dividen las naves se conciben como fragmentos de muro. Presentan un núcleo cuadrangular de aristas vivas al cual se empotra una columna en cada una de sus caras lo que les confiere una planta en forma de T ya que, como vimos al hablar del sistema de cubrición de la nave central, las columnas que sustentan los arcos fajones se interrumpen antes de llegar al suelo. A los pies de la nave central se dispone una tribuna de madera que debió de realizarse para acoger el coro alto. En la actualidad esta estructura ocupa solo los dos tramos finales pero su extensión original debió de alcanzar cuatro tramos, tal y como se desprende de la lectura de paramentos y los restos conservados. Sus vigas se sustentaban en dos ménsulas del muro occidental y se adosaba a los pilares. La construcción de la tribuna obligó a cortar los fustes de las columnas de los últimos fajones y a suprimir los últimos tambores de las columnas sexta y séptima de la nave. La construcción de una estancia para comunicar el coro con el monasterio a finales del siglo XVI tuvo un mayor impacto sobre el templo medieval. Por un lado obligó a derribar la bóveda de arista de la nave lateral sur y a desmontar los dos arcos fajones correspondientes para sustituirlos por otros, muy rebajados, montados aprovechando las piezas de los románicos. Del mismo modo, fue necesario rebajar el sexto formero para abrir, bajo la ventana (que fue tapiada), la puerta de acceso al coro desde el claustro alto. Por último, el muro occidental de la nave refleja su organización exterior: con la puerta central compuesta por un arco de medio punto simple, de perfil rectangular sobre jambas; en las enjutas dos ventanas de amplio derrame interno y muy sencillas; sobre ellas una imposta de nacela que organiza el muro en dos registros; y, en el tercio superior, un rosetón cuyas características se describirán junto con la fachada.

Las naves laterales se cubren con la tradicional bóveda de arista sobre fajones apuntados que siguen el modelo de los

vistos en la nave central: simples y con perfil rectangular aristado. Como en la nave principal, los fajones que comunican con el crucero son los únicos doblados, y sus características idénticas a las de los anteriores. Sus dobladuras voltean sobre pilastras y en los muros laterales del templo. Los fajones se apoyan en columnas embebidas en los pilares, semejantes a las que sostienen los formeros, o en los muros. Únicamente cabría señalar el banco en que se asientan las responsiones y recorre los muros laterales de las naves y del brazo septentrional del crucero.

El templo cuenta con un conjunto de capiteles muy homogéneo cuya característica general reside en su extrema sencillez, siendo mayoritarios los que presentan sus caras completamente lisas y sin decoración, evidenciando su labra troncopiramidal. Esta sobriedad resulta más evidente según nos alejamos del crucero. Los capiteles con decoración vegetal suelen presentar hojas estilizadas, muy ceñidas al núcleo de la pieza, incluso cuando se componen de más de un registro. Dichas hojas pueden ser lisas o contar con ligeras incisiones que dibujan nervios o reproducen sus contornos. En otros ejemplos se añaden bolas, y pequeñas bolas u hojillas en la

*Transepto visto desde el brazo norte*



parte superior, entre las hojas de mayor tamaño. Únicamente cinco capiteles, que describiremos a continuación, destacan por su originalidad dentro del conjunto y establecen modelos que pueden aparecer de manera excepcional en otros puntos de la abacial. Se adosa el primero en el tercer pilar del lado norte, recibiendo al segundo formero. Sus caras se recorren con tallos cruzados en aspa, lisos los de las laterales e incisos los de la central. Los espacios entre tallos los llenan hojas estilizadas y, en lo alto, otras vueltas sobre sí mismas, minuciosamente labradas. Un modelo de capitel semejante a este lo hallamos en las puertas sur y oeste del templo. El segundo capitel se adosa al pilar suroccidental del crucero y sobre él apoya el primer formero sur. Presenta un astrágalo sogueado con escotadura y se ornamenta con un doble registro de hojas estilizadas rematadas en pomas. En las inferiores se marca un rehundido central que, en las situadas en los ángulos, se completa con incisiones que evocan los nervios de la hoja. La parte superior del capitel solo presenta unos resaltes prismáticos lisos en el centro y los ángulos. Este modelo tiene sus réplicas en el crucero y la cabecera. El tercer capitel se dispone en el tercer pilar y recoge el segundo formero sur. Presenta un entrelazo de tallos perlados que en su remate se enroscan formando volutas de las cuales cuelgan hojas nervadas muy estilizadas. Una pieza con un entrelazo similar la encontramos en la puerta principal. En este mismo pilar localizamos el cuarto capitel, pero como apeo del tercer formero. Se compone de dos cuerpos con grandes hojas rematadas en volutas y marcados nervios centrales de los que parten incisiones paralelas que animan la superficie de cada hoja. Este modelo también se observa en diversos puntos de la iglesia. El quinto y último modelo singular de capitel se adosa al muro sur y sirve de apoyo al segundo fajón de esta nave. Parte de uno de los modelos más repetidos en el templo: con largas hojas estilizadas planas con incisiones paralelas a los contornos, pero presenta un cimacio en nacela ornado con hojas minuciosamente labradas y vueltas sobre sí mismas unidas formando una guirnalda. Entre las hojas el espacio se rellena con diminutas formas vegetales. Este modelo está presente en las puertas principal y meridional.

Las naves laterales se iluminan mediante la apertura de ventanas en cada uno de los tramos. Las de la nave norte imitan el modelo visto en la nave central. Las de la nave sur, sin embargo, siguen un modelo distinto al necesitar salvar la altura del claustro, adosado al muro sur de la iglesia según la organización propia de los monasterios cistercienses. Presentan doble derrame, especialmente acusado el interno, y un vano pequeño desplazado hacia la zona superior. Algunos de estos vanos han sido cegados debido a intervenciones posteriores. En los tramos primero y último, que presentan puertas, las ventanas se suprimieron. La primera puerta mencionada se conoce como puerta de los monjes al ser la empleada por la comunidad para entrar en la iglesia. Hacia el interior se compone de un arco de medio punto de sección prismática apeado directamente en las jambas, en arista viva. La otra, dispuesta

en el sexto tramo de la nave, era la puerta de los conversos, cuyas habitaciones se disponían en las crujeas occidentales de los claustros. Se trata igualmente de un vano sencillo con arco de medio punto apeado directamente en las jambas, todo el conjunto sin molduración. La nave meridional cuenta con una tercera puerta, con dintel apoyado en mochetas decoradas con rollos, horadada en el muro occidental para servir de entrada a la torre sur de la fachada. Esta se organiza como un bloque de planta cuadrangular e interior cilíndrico que, en su momento, contaría con escaleras de madera para acceder a la parte alta. La iluminación se logra gracias a unas saeteras sencillas de acusado derrame interno. La nave norte también presenta una puerta en su muro occidental. Esta se remata en arco de medio punto de sección prismática y apoyado directamente en jambas de arista viva. Hoy se encuentra tapiada y su función se esclarecerá al comentar la fachada.

El sistema de cubrición del cuerpo de la iglesia, con bóveda de cañón apuntado para la nave central y de arista en las laterales, es una fórmula típica de la arquitectura románica borgoñona, codificada por primera vez en Cluny III y empleada con asiduidad en las abaciales del Císter, cuya expansión contribuyó a difundir este modelo de cubierta.

El crucero de la iglesia, claramente marcado en planta y alzado, se compone de cinco tramos. Los brazos, cada uno con dos tramos, se cubren mediante bóveda de cañón apuntado erigida sobre arcos fajones de idéntica directriz y perfil rectangular; doblados los del crucero y simples los restantes. Dichos arcos voltean en columnas entregas que, al contrario que las de la nave mayor, llegan ahora hasta el suelo. Sus basas son áticas, con garras en los ángulos y plintos lisos que descansan sobre el banco de fábrica que recorre buena parte del templo. Dicho basamento solo se interrumpe en el testero y el muro occidental del brazo sur del crucero, y en el frente de las capillas laterales de la cabecera se presenta a un nivel ligeramente más alto. Los capiteles presentan, en su mayoría, decoración vegetal según el modelo descrito para los de la nave. También en este caso, cuentan con su correspondiente cimacio de perfil en nacela que se imposta en los muros para marcar el arranque de las bóvedas. El brazo norte presenta en su testero una puerta con arco de medio punto de sección prismática sobre jambas sin moldurar. Se trata de la puerta de los muertos a través de la cual se accedía al cementerio del monasterio. Sobre ella se abre una ventana alargada y estrecha con derrame interno. En el muro occidental se abre una segunda puerta que comunica con la torre situada en el ángulo que forman este brazo y la nave. Se trata de un vano muy estrecho con dintel sostenido por mochetas de proa, lisa la izquierda y con decoración de rombos la derecha. El interior cuenta con una escalera de caracol y se ilumina mediante saeteras simples con marcado derrame interior. El brazo sur presenta una organización muy distinta. En el frente oriental se horadan dos ventanas con derrame interno y con arco de medio punto liso directamente apoyado sobre jambas. Como sucedía con las ventanas de la nave, sus partes altas penetran en



el arranque de la bóveda originando lunetos e interrumpiendo la imposta. También en el testero sur se rasga una ventana, más pequeña que las anteriores y con doble derrame. Presenta arco de medio punto apoyado directamente sobre jambas, de nuevo sin molduración. Bajo ella se abría una puerta, hoy tapiada y oculta al interior por un retablo, que debía de comunicar con la sacristía. A media altura, a la derecha de este vano e inmediata al muro oeste, se aprecia una segunda puerta (también cegada), conocida como puerta de maitines por ser la empleada por los monjes para entrar en la iglesia desde el dormitorio. Su arco es de medio punto de sección prismática y, como es habitual, reposa directamente sobre jambas en arista viva. En la parte alta del testero se abren tres ventanas, la central más elevada, similares a las descritas hasta ahora. El tramo central del crucero no destaca en alzado pero se remarca mediante sus mayores dimensiones y la articulación a base de cuatro arcos torales doblados. Su cubierta consiste en una interesante bóveda de crucería cuatripartita configurada a base de nervios moldurados con tres gruesos toros, acabados en punta, que arrancan de la intersección de los arcos torales. La clave de la bóveda es una pieza cruciforme muy original, con molduración idéntica a la de los nervios. Estas nervaduras se emplean con frecuencia en Francia, en Borgoña, Centro y, sobre todo, en el Midi, donde se aplicó de manera sistemática en los monasterios del Císter. En España aparecen con frecuencia en las abadías de la línea de Morimond, empleándose en monasterios cistercienses de Cataluña, Aragón, Navarra y Castilla la Vieja, fundados a partir de casas del sur de Francia. Por el contrario, resultan excepcionales en las casas de León y Galicia, en su mayoría de filiación de Clairvaux. No obstante, para Valle Pérez el modelo de los nervios de



Crucero

Capiteles del machón  
sureste del crucero



Meira, no habría llegado a Galicia a través de las abadías del Midi sino por la vía borgoñona, cuyo influjo ha quedado probado en la cubierta de las naves del templo. El arranque de los nervios parece indicar que la cubrición propuesta en un primer momento para este tramo sería diferente, produciéndose un replanteamiento durante el proceso constructivo. De este modo se explica que los soportes presenten una concepción todavía románica cuando para la cubierta se opta ya por una bóveda de ojivas. Según Valle, la cubierta del crucero es coetánea al resto del edificio, y el cambio de modelo tuvo lugar en el transcurso de la construcción, tal y como ocurre en otros monasterios de la Orden.

Como se señaló al describir la planta, la cabecera se compone de cinco capillas: rectangulares las laterales y con un tramo recto y ábside semicircular la central. En el muro oriental de cada brazo del crucero se abren dos capillas a las cuales se accede a través de arcos apuntados doblados, todos de sección prismática y arista viva. Los inferiores se apoyan en columnas entregas y los superiores en el muro, descansado en la imposta en nacela resultante de la prolongación de los cimacios de las citadas columnas, que continúa por el muro hasta llegar a las columnas de apeo de los arcos fajones que

articulan en tramos el transepto. Los soportes presentan las características vistas en otros puntos del templo: con fuste liso dividido en tambores en perfecta correspondencia con los sillares del muro; basas áticas con toro aplastado, garras y plintos lisos que se elevan sobre podios cuya arista superior se modela en baquetón liso. Los capiteles son todos de tipo vegetal. En la capilla más septentrional del brazo norte el capitel izquierdo presenta hojas estilizadas, nervadas a base de incisiones y rematadas en bola, que en lugar de partir del astrágalo lo hacen de una escotadura lisa. En la parte alta de la pieza, en cada una de sus caras, se disponen pequeños botones con incisiones. El capitel derecho se compone de hojas estilizadas dispuestas en dos registros, partiendo las del inferior de una escotadura similar a la vista en su pareja. Las hojas, más plásticas que las anteriores, rematan en bola. En su remate superior se disponen, en los ángulos y en el centro de cada cara, unas piezas prismáticas, siguiendo un modelo ya descrito en la nave. Los capiteles de la segunda capilla del brazo norte presentan: el izquierdo un astrágalo sogueado del que parten unos tallos que crean un entrelazo rematado en los extremos por hojas nervadas estilizadas y decoración de botones en el espacio generado por el entrelazo. En el límite

*Interior de la cabecera*







*Capiteles de las capillas del brazo sur del transepto*



*Capiteles de las capillas del brazo norte del transepto*



superior se labra un motivo en zigzag. El capitel derecho cuenta con dos registros de hojas, las inferiores con perfiles dentados y muy pegadas al núcleo de la pieza, y las superiores, más anchas, rematadas en pequeñas bolas. La decoración de la cesta se corona con botones dispuestos en el centro de cintas rematadas en volutas en los extremos. En la capilla norte del brazo meridional el capitel izquierdo decora su cesta con doble registro de hojas rematadas en bolas, salvo las angulares, que rematan en volutas. En el centro de sus caras un sencillo botón y, como remate, un cimacio en nacela ornado con minúsculas bolas. El capitel derecho, por su parte, cuenta con dos registros de hojas con incisiones, muy pegadas al núcleo del capitel y terminadas en bolas. La zona superior se exorna con hendiduras triangulares que crean una especie

de zigzag. En la última capilla el capitel izquierdo presenta grandes hojas lanceoladas, muy estilizadas; las laterales y las de las esquinas superpuestas, la central, de menores dimensiones, se flanquea con dos pequeñas bolas y la parte superior de la pieza se orna con un zigzag. El capitel derecho imita la decoración de entrelazo vista en el capitel izquierdo de la segunda capilla del brazo norte. Las capillas se cubren con bóvedas de cañón apuntado que arrancan en la imposta creada a partir de la prolongación del cimacio de los capiteles. El pavimento, por su parte, se eleva ligeramente respecto al del crucero. La iluminación resulta escasa y se logra mediante ventanas simples de doble derrame. La única que conserva su imagen original es la correspondiente a la capilla intermedia del brazo septentrional. Presenta arco de medio punto de



sección prismática sobre jambas lisas. Las restantes han sido ampliadas, transformándose su configuración primitiva. Cada capilla contaba, además, con su credencia en el muro norte, pero ya solo perviven las del brazo septentrional.

El ábside central, como se comentó, se compone de dos tramos diferentes en altura y anchura. El primero es recto y se cubre con bóveda de cañón apuntado; el segundo es semicircular y con bóveda de cuarto de esfera. Se accede al ábside desde el crucero, a través de un arco triunfal apuntado y doblado, con ambas vueltas de sección prismática y en arista viva. La dobladura se apea en la pared, descansando en la habitual imposta de nacela lisa resultante de la prolongación de los cimacios de los capiteles que coronan las columnas que sostienen el arco inferior. Se trata de soportes entregos similares a los vistos en el templo. Sus capiteles repiten modelos empleados en otros puntos de la abacial: el izquierdo con el astrágalo en escotadura y hojas, con incisiones que recuerdan los nervios y rematadas en bolas, dispuestas en dos registros. El derecho presenta idéntico astrágalo y dos cuerpos de hojas de gran plasticidad, con rehundido central muy marcado y todas rematadas en pomas; se completa en su zona superior con tres piezas prismáticas: dos en los ángulos y una tercera en la cara frontal. Sus cimacios en nacela se impostan por el machón y por el tramo recto del ábside para señalar el arranque de la bóveda de cañón. El podio sobre el cual reposan las columnas también continúa por el tramo recto del ábside, y no se debe descartar que siguiera por el interior del hemicíclo. En el lienzo meridional del tramo recto se abre un armario a modo de nicho rectangular cuyas aristas se labran con un bocel liso. Su función sería custodiar algunos objetos litúrgicos. Junto a él se dispone una pieza cúbica con el borde en baquetón liso y vaciada en el centro que serviría para lavatorio de manos y otras abluciones. En la actualidad el hemicíclo se encuentra cerrado por un retablo barroco, por lo que no es posible describir su configuración interior. Únicamente sabemos que es más estrecho y bajo que el tramo rectangular. Su cubierta sería de bóveda de cascarón y la iluminación se conseguiría mediante tres ventanas de doble derrame, de las cuales se pueden ver las dos laterales, que muestran remate en arco de medio punto con aristas en baquetones lisos que voltean sobre jambas de similares características. El bocel de la rosca genera, ya en el derrame superior, una escocia. Un resultado semejante lo encontramos en el arco triunfal —de medio punto con arista abocelada y escocia en la rosca—, que permite el tránsito entre el tramo recto y el hemicíclo. Sobre este arco se dispone una ventana completa: de doble derrame, con un único arco de medio punto con baquetón en la arista que genera otras molduras, y chambrana igualmente con la arista perfilada en bocel que produce un la rosca las consiguientes molduras, siempre lisas. La chambrana descansa en una imposta de nacela lisa resultante de prolongar los cimacios de las columnas que sustentan el arco. Se trata de columnas acodilladas, con fustes monolíticos lisos y basas áticas sobre plintos sin decoración. Sus capiteles son vegetales:

el izquierdo con dos cuerpos de hojas con hendidura central, nervadas y con bolas como remate; y el derecho con hojas con hendidura pero ahora dispuestas en un único registro. El vano de la ventana presenta un modelo común con otras ventanas de la iglesia: de medio punto, en arista viva, tallado en un bloque y apeado en jambas sin molduras.

En el exterior llama la atención la acusada horizontalidad del cuerpo de la iglesia, tan propia de los templos cistercienses. En Meira se consigue no solo por la marcada longitud de las naves, también porque el tramo central del transepto no destaca en altura, respetando el nivel de la cubierta de la nave central. Esto no evita la clara delimitación de los volúmenes, armónicamente articulados. Llamen la atención las distintas calidades de los materiales utilizados: sillares de piedra bien labrados para la cabecera y el crucero, y el resto del templo con muros de mampostería reforzados con sillares en vanos, esquinas y contrafuertes. Esta diferencia se debe a la escasez de piedra de la zona y a la mala calidad del granito. En la cabecera se distinguen con nitidez sus diversos elementos: el hemicíclo y el tramo recto del ábside, las capillas laterales y el crucero. Las capillas laterales muestran una organización sencilla, cerradas a oriente mediante un muro común, liso, levantado sobre un retallo simple, y sin señalarse la separación entre ellas, formando un cuerpo rectangular unitario. En los extremos del muro se disponen sendos contrafuertes prismáticos, anchos, con remate escalonado pero poco destacado que, junto con los que presentan las capillas en sus ángulos noroeste y suroeste, contrarrestan los empujes de las bóvedas del interior. La presencia de cada capilla se adivina por las ventanas, de doble derrame e idéntico tamaño a excepción de la más septentrional, de menor entidad. La única que se dispone en su configuración original es la de la capilla intermedia del brazo norte: con una arquivolta de arco de medio con sección prismática que apoya directamente sobre jambas de arista viva. El vano que enmarca el derrame presenta idénticas características. La ventana de la otra capilla del brazo norte presentaría en su día la misma composición, no así las de las capillas meridionales, cuya estructura imita la vista en la descripción de los interiores del templo. El alero se compone de cobijas en nacela sustentadas por canecillos en forma de proa que abundan en la sobriedad ornamental del conjunto. La cubierta de las capillas es de pizarra, en pendiente. El punto de contacto con el muro oriental del crucero se marca con una cornisa a modo de imposta que se prolonga por el tramo recto del ábside, unificando sus volúmenes. El ábside contrasta con las capillas laterales. En primer lugar se distinguen con nitidez sus partes: el tramo recto y el semicircular, tanto en el ancho como por sus distintas alturas. La terminación del tramo recto se señala mediante dos contrafuertes de escaso resalte, uno por cada lado, decorado con dos impostas: una a la altura de los canes del alero del hemicíclo y la superior coincidiendo con la del tramo recto.

Este espacio coincide en altura con el crucero y remata en un piñón simple sobre el hemicíclo. Su alero sigue la



*Fachada sur*

composición vista en otros puntos de la cabecera y reposa sobre canecillos variados: de tipo geométrico y con motivos vegetales o zoomórficos. Su labra es poco fina y, dada la mala calidad de la piedra, se encuentran muy erosionados. En el vértice del piñón se dispone un último can decorado con la cabeza de un animal que podría ser un carnero. En el muro diafragma del frente oriental del tramo recto se abre una ventana completa: con una arquivolta de arco medio punto liso y sección prismática, con chambrana con arista perfilada con un baquetón listo que genera otras molduras lisas. Sostienen el arco un par de columnas acodilladas de fustes monolíticos lisos y basas áticas sobre plintos paralelepípedos. Los capiteles son vegetales, el izquierdo con un registro de hojas lisas con rehundido central, rematadas en bola. El derecho cuenta con el mismo tipo de ornamentación pero, ahora, distribuida en dos pisos. Sobre los capiteles sendos cimacios en nacela que se impostan en el muro y sirven de apoyo a la chambrana. La abertura de la ventana, de marcado derrame, resulta sencilla, con arco de medio punto tallado en un bloque sobre jambas lisas.

La visión del hemiciclo ha sido adulterada por la adhesión de una estancia rectangular que oculta buena parte de la obra románica. El ábside se yergue sobre un basamento de triple retallo escalonado y se organiza en tres paños diferenciados mediante dos columnas adosadas de las que ya solo son visibles sus capiteles vegetales. Uno de ellos presenta astrágalo sogueado y escotadura lisa. En ambos las hojas son anchas, en un capitel lisas y en el otro con incisiones que recrean sus nervios; y se vuelven sobre sí mismas agarrando una bola. Cada uno de los paños del hemiciclo contaba con una

ventana de las que solo han quedado dos, con un esquema similar pero hoy en día muy deterioradas. Se componen de dos arquivoltas de medio punto de aristas aboceladas. La interior descarga sobre columnas acodilladas de fustes lisos y basas áticas; la exterior sobre la arista del muro, que ha sido tallada como si se tratara de una semicolumna, con basa, fuste y capiteles. Los capiteles de ambas ventanas son de tipo vegetal. Unos según el modelo tantas veces descrito de hojas anchas, lisas y con la punta vuelta sosteniendo una bola. En otros, en lugar de este elemento, las hojas enroscan sus terminaciones generando volutas y presentan decoración de zigzag en sus bases. Un tercer tipo organiza su decoración en dos registros: el inferior con hojas de menor tamaño y el superior con las habituales hojas con bolas. El límite superior de los capiteles suele permanecer liso y solo en algunos ejemplos se decora con pequeños botones. Los cimacios son de perfil en nacela lisa y se impostan ligeramente en el muro. Los vanos, de medio punto tallados en bloque, contaban con baquetones que generaban sendas escocias en rosca y derrame. El alero del hemiciclo muestra perfil en nacela lisa y reposa en una cenefa de arquillos de medio punto de perfil redondeado y tamaños diferentes. Estos, a su vez, descansan en los capiteles y en canecillos exornados con motivos geométricos, vegetales y una cabeza zoomórfica. El modelo de este tipo de alero es similar al que encontramos en la puerta norte del crucero de la iglesia del monasterio cisterciense de Santa María de Oseira, y es característico de aquellas zonas que reciben el influjo de los talleres que trabajaron en la Catedral de Ourense. Sin embargo, los componentes empleados en Meira no presentan relación con los propios del románico gallego, lo que ha llevado a



*Exterior de la cabecera**Alero del ábside*

Valle Pérez a considerar que la solución aquí adoptada habría sido importada por los propios cistercienses desde Borgoña.

Concluida la descripción de la cabecera, el siguiente elemento es el crucero, con una estructura de altura uniforme, sin destacarse el tramo central. Presenta cubierta a doble vertiente que descansa sobre un alero con la habitual cobija en nacela sostenida por canecillos variados con decoración

vegetal y geométrica. Cada brazo está dividido en dos tramos mediante contrafuertes prismáticos lisos dispuestos en correspondencia con los arcos fajones que sustentan las bóvedas en el interior. Únicamente en el lado occidental del brazo norte no se adopta esta solución, pues la construcción de una torre en el ángulo que forman este brazo y el cuerpo de naves actúa ya como contrarresto. Este elemento presenta



planta rectangular, claramente visible al exterior, pero no sobresale en altura. Sus muros se rasgan con saeteras de derrame interno. También los extremos de los muros se refuerzan con contrafuertes: el nororiental con acusado escalonamiento y el noroccidental doble. En los muros del brazo sur se abren tres ventanas de gran simplicidad: dos en el lienzo este y una en el oeste. En cuanto a los testeros, el norte presenta un remate en piñón sencillo y en la parte baja la llamada puerta de los muertos, que consta de dos arquivoltas de medio punto con aristas rematadas en bocel que genera un par de escocias, en rosca e intradós. La arquivolta interior cobija un tímpano monolítico sobre mochetas baquetonadas. Ambas roscas descansan en columnas acodilladas, con las aristas de los codillos aboceladas. Los fustes son lisos y monolíticos, con basas áticas de toro muy aplastado y garras en los ángulos, con plintos decorados con motivos geométricos y vegetales variados apoyados en un zócalo de escasa altura decorado en su tercio superior por un fino bocel. Los cuatro capiteles presentan astrágalo con escotadura y son vegetales. Los interiores con hojas lanceoladas anchas y muy plásticas, con rehundidos centrales profundos y la vuelta decorada con incisiones a modo de nervios. Los exteriores presentan hojas de menor volumen que sujetan pomas con la vuelta de sus puntas. En los capiteles de la jamba derecha el remate superior se muestra liso y sin decoración, los de la izquierda, por el contrario, se exornan, el exterior con botones con incisiones y el interior con piezas triangulares y los ángulos muy destacados. Los cimacios constan de dos nacelas superpuestas ligeramente impostadas en el muro. Sobre la puerta se rasga una gran saetera de derrame interno.

El testero sur presenta dos puertas, ambas tapiadas. La inferior comunicaba con la sacristía y presenta un arco rebajado sin interés artístico. Junto al arranque izquierdo del arco se conservan algunas piezas que debieron pertenecer a la puerta primitiva: una mocheta con perfil en nacela y un fragmento del dintel de cierre superior del arco. Sobre esta puerta, hacia la izquierda, se abre la puerta de maitines, y en la parte superior del hastial tres saeteras, la central algo más elevada, cerradas con arco de medio punto en arista viva sobre jambas igualmente sin moldurar. Coronando el testero se dispone una espadaña de tres vanos organizados en dos registros que, si bien es posterior al resto de la iglesia, podría sustituir a otra medieval.

En el brazo longitudinal se aprecia la diferencia de altura entre la nave central y las laterales. La primera cubierta con tejado a dos aguas y las segundas con una única vertiente. El muro diafragma que salva la diferencia de altura entre naves se jalona con contrafuertes con remate escalonado que traducen al exterior los tramos interiores. En cada uno de ellos se abren las ventanas que iluminan la nave central, una por cada tramo. Son alargadas, estrechas y de gran sencillez; delimitadas en su parte alta mediante un arco de medio punto labrado en un bloque y apeado directamente sobre las jambas que, como el arco, presentan aristas vivas. El tejado descansa en un



*Portada norte del crucero*

alero con cornisa en nacela sostenida por dos canecillos por tramo, predominando los de proa de nave y los de cavetos superpuestos. La separación con la cubierta de las naves laterales se destaca con una línea de imposta que ciñe incluso los contrafuertes. Los muros de las naves laterales también se articulan mediante contrafuertes escalonados y una ventana por tramo con iguales características que las de la nave, salvo las del lienzo sur, de doble derrame. Este frente conserva además parte de la arquería del claustro moderno y, en el sexto tramo, la estancia mencionada al describir el interior, que interrumpe el desarrollo de la nave sur e impide ver parte del cierre de la nave central, rompiendo la armonía del conjunto. El alero sur presenta las características vistas para los de la central; el norte, sin embargo, solo presenta un canecillo por tramo.

En el primer tramo de la nave sur se abre la antigua puerta de los monjes, empleada por la comunidad para pasar del claustro a la iglesia. Su sencilla imagen hacia el templo la describimos al hablar del interior; la parte que daba al claustro, por el contrario, destaca por su suntuosidad. Se compone de tres arquivoltas de medio punto con molduración alternante de baquetones y escocias, todas lisas salvo la escocia de la rosca interior, que se decora con botones con incisiones y



*Portada sur del crucero**Capiteles de la portada sur*

flores de cuatro pétalos. La segunda rosca presenta la misma molduración, pero ahora sin ornamentación de ningún tipo. La arquivolta exterior sustituye las escocias por bocelos lisos de distinto grosor y sobre esta, trasdosando el conjunto, una chambrana baquetonada y remate en nacela ornada con hojas estilizadas, de nervio central perlado, que nacen del baque-

tón y se disponen en sentido radial. La puerta cuenta con un tímpano en cuyo centro se labra un Agnus Dei que sostiene con una de sus patas delanteras una cruz de brazos idénticos decorados con círculos, a modo de gemas engarzadas, y extremos ensanchados. El cordero es flanqueado por una suerte de árboles estilizados con raíces en forma de horquilla. Para Valle Pérez el modelo de esta iconografía podría proceder de la miniatura de algún Beato puesto que la representación del cordero con la cruz puede interpretarse como una alusión a Cristo crucificado y los árboles enmarcarse en un contexto apocalíptico, representando la arboleda de la vida y sus frutos. Para Sánchez Ameijeiras, en cambio, el modelo de cruz que se representa en el tímpano es un trasunto de la pieza metálica, de verosímil progenie ultrapirenaica, que, procedente del monasterio, se custodia hoy en el Museo Catedralicio y Diocesano de Lugo. El tímpano se apoya en mochetas sobre jambas con las aristas labradas en bocel. La escocia resultante se exorna con pequeños botones con incisiones.

Las arquivoltas interiores se apean en columnas adosadas con la arista del codillo baquetonada. La exterior descarga directamente en el muro, decorado con un conjunto de bocelos muy plásticos que se atan en su tercio superior mediante



una cenefa de motivos vegetales estilizados que armonizan el tránsito entre los elementos redondeados y el muro, angular y aristado. Salvo uno, compuesto de dos piezas, los fustes de las columnas son monolíticos y lisos. Los capiteles son todos vegetales, con una hoja de nervio central perlado y remates vueltos por cara. Sobre los capiteles se disponen cimacios de perfil biselado y decoración continua: los del lado derecho con palmetas estilizadas y un tallo ondulante con pequeñas hojas estilizadas de distribución alterna; los del izquierdo con palmetas encerradas en tallos perlados unidos entre sí. Las basas son las habituales: de tipo ático con toro aplastado y garras en los ángulos, dispuestas sobre plintos decorados: los del lado izquierdo con idéntica decoración que los cimacios y los del derecho con tallos ondulantes con hojas enmarcando cuadrados en cuyo interior se dibujan estrellas de cuatro puntas. Bajo los plintos se dispone un zócalo con arista abocelada.

La fachada occidental del templo se compone de sillería granítica. Su organización destaca por su simplicidad y falta de simetría que, aún así, traduce la estructura interna del edificio: se divide en tres calles mediante potentes contrafuertes de remate escalonado que delimitan la central, en correspondencia con las hileras de arcos formeros. En el extremo de la nave norte se dispone otro contrafuerte, de especial anchura. Junto a él se adivina una puerta, hoy cegada, con dintel pentagonal sin decorar sostenido por sendas mochetas cortadas en nacela apoyadas sobre las jambas, en arista viva. El alero traduce la inclinación de la cubierta de la nave septentrional y se compone de cornisa con perfil en nacela sostenida por canecillos en proa. En el lado sur, adosada al contrafuerte, se eleva una torre de planta rectangular de la cual ya hablamos al describir el interior. El acceso a la misma se realiza desde el interior, aunque años más tarde se abrió una puerta en su parte posterior, a la altura del tejado de la nave lateral.

El tramo central de la fachada se divide en dos registros delimitados mediante una imposta. El inferior lo ocupa completamente la portada, compuesta por tres arquivoltas de medio punto. La interior moldura su arista con un bocel, generándose una sucesión de escocias y boceles. Las escocias se animan con una decoración vegetal semejante a la vista en la arquivolta interior de la puerta de los monjes, de cuadrifolios, rosetas, etc. La arquivolta intermedia posee una molduración similar pero ahora el motivo que exorna las escocias es el de tallo ondulante de eje perlado y hojillas alternas, también empleado en la puerta de los monjes. La arquivolta exterior modela su arista con un bocel pero la organización de rosca e intradós es diferente a la de los arcos inferiores: dos escocias separadas por un bocel fino se decoran con flores en bajorrelieve delicadamente labradas. La portada remata con una chambrana con decoración vegetal de hojas en disposición radial minuciosamente trabajadas. El soporte de las arquivoltas consiste en tres pares de columnas acodilladas de fustes monolíticos lisos y los codillos labrados en bocel. Por su parte, el tornalluvias descansa sobre ménsulas: la derecha lisa y con semicírculos en su cara frontal, y la izquierda con



Portada oeste

decoración de escamas. Las basas de las columnas presentan la tipología ática sobre plintos común en la abacial. Los capiteles, todos vegetales, muestran astrágalos sogueados o decorados con ovas. Algunos presentan hojas grandes, largas, rematadas en volutas muy trabajadas, en ocasiones exornadas con ejes perlados; otro un entrelazo de cintas perladas también resueltas en volutas, y otro con tallos cruzados en aspa enlazados en el ángulo. La labra de todos ellos es sutil, minuciosa y se caracteriza por su grafismo. La parte alta de todos ellos se decora con hojas estilizadas de nervio central perlado y vueltas sobre sí mismas que parten del astrágalo. Los cimacios se componen de moldura en nacela y filete superior y se exornan con motivos variados: tallos ondulantes perlados con hojas alternas; cuadrados con estrellas de cuatro puntas en su interior, etc. con un tratamiento minucioso idéntico al visto en los capiteles. Una característica propiciada por el material empleado en esta portada: piedra caliza. Bajo la arquivolta interior se dispone un tímpano monolítico liso apoyado en mochetas con perfil en nacela sobre jambas. Dintel, mochetas y jambas presentan aristas molduradas en bocel.

La portada occidental presenta un claro vínculo con la puerta de los monjes, en la nave sur. Ambas comparten un esquema similar con tres arquivoltas y chambrana con un





Arquivoltas de  
la portada oeste



Capiteles de la  
portada oeste



Herrajes  
de la puerta



ornato que gana progresivamente en complejidad de dentro afuera. Otros elementos en común son los capiteles, cuya ornamentación difiere de la vista para los restantes capiteles del templo; los motivos decorativos que jalonan plintos, capiteles, arquivoltas y chambranas, igualmente únicos en el conjunto; la profusión ornamental, y la minuciosidad y detallismo en la labra. Con todo, la puerta sur resulta algo más sobria que la principal. La mayor diferencia entre las portadas reside en el tratamiento plástico dado a cada una: volumétrico en la puerta de los monjes y dibujístico en la portada oeste. Esta divergencia responde al empleo de distintos tipos de piedra: granito en la puerta meridional, más duro y difícil de trabajar, y caliza en la occidental que, al ser blanda, permite el acabado minucioso y preciosista que hemos descrito. En todo caso, ambos trabajos son obra de un mismo taller.

La puerta de poniente conserva además los herrajes medievales. Cada hoja presenta siete barras horizontales planas y una vertical que une algunas de ellas. De cada banda horizontal surgen pequeñas volutas en cuyos extremos se generan palmetas rematadas en punta de lanza y volutas. En Galicia es posible localizar otros ejemplos de herrajes medievales en la Puerta Norte de la Catedral de Lugo, en la puerta principal de San Salvador de Vilar de Donas y San Pedro Fiz de Hospital de O Incio, o en la lateral y principal de San Salvador de Sarria. De todos ellos, los del templo de Meira presentan un carácter popular que les confiere mayor originalidad. Por sus características y atendiendo a la datación del templo, Valle Pérez data estas piezas hacia 1225.

En las enjutas de la portada se abren dos ventanas de doble derrame cerradas por arco de medio punto labrado en un

único bloque con la arista exterior abocelada, generando a su vez una escocia y un segundo bocel en la arista interior. El arco reposa sobre jambas igualmente baquetonadas.

El segundo cuerpo lo ocupa en su totalidad un magnífico rosetón. Su tracería se compone de un círculo central integrado por dieciséis pequeños semicírculos de los cuales parten, radialmente, otras tantas columnas dobles sobre las cuales se apean idéntico número de arcos rebajados decorados con bolas en sus roscas. La tracería se enmarca mediante tres arquivoltas ricamente molduradas y ornadas. La interior y exterior presentan perfil en nacela, una escocia la central, y las tres exhiben aristas aboceladas. La rosca interior se decora con hojas en disposición radial vueltas sobre sí mismas en su extremo superior, la central con cuadrifolios y la exterior con idénticas hojas que la primera. El rosetón presenta la misma organización hacia el interior, pero ahora las tres arquivoltas cuentan con decoración de cuadrifolios, los de la menor con botones centrales. Este modelo de rosetón, conocido como de columnillas radiales, es habitual en la arquitectura española entre finales del siglo XII y comienzos del XIII.

El cuerpo central de la fachada culmina en un piñón sencillo de doble vertiente con alero con cobijas en nacela. Luce una espadaña sobre su vértice, pero se trata de una intervención posterior.

La fachada sigue las fórmulas propias de las abaciales del Císter, incluida la suntuosidad ornamental, propia de las portadas realizadas entre finales del XII y principios del siglo XIII, tal y como vemos, por ejemplo, en Armenteira.

Texto: JCVP/PPG



## CONCLUSIÓN

La iglesia de Meira, llegada hasta hoy sin modificaciones (amputaciones y/o adiciones) de entidad, es una de las grandes empresas peninsulares de la Orden a la que perteneció. Su estudio detallado pone de manifiesto, por otro lado, una marcada unidad constructiva, una clara supeditación, sin alteraciones que puedan considerarse significativas, a un plan previo preciso, claro indicio, por ello, de que se realizó ininterrumpidamente, sin cortes ni paralizaciones prolongadas, fruto de una sola etapa o campaña de trabajos. Todo responde en ella, además, a unas mismas pautas conceptuales, imponiéndose, en consonancia con los presupuestos teóricos de la Orden a cuyo servicio se destinó, por su sobriedad, particularmente marcada en el interior, donde no se emplea ningún elemento figurativo. Los pocos complementos de tal naturaleza que se hallan en el templo se localizan en el exterior, sea en la cabecera (algún canecillo), sea en la cara que mira al claustro del tímpano que cierra la puerta de los monjes, presidido por un *Agnus Dei* sobre una de cuyas patas delanteras descansa una cruz gemada de brazos iguales y con los extremos ensanchados.

A pesar de esta acusada unidad, es evidente también que existen distintos grupos de capiteles, con características muy precisas, bien individualizadas, que invitan a pensar en la intervención de varios talleres en la ejecución de la iglesia. Estos equipos, por más que lo esencial de su participación específica en la empresa no sea coetáneo, llegan a coexistir en ella, sin duda durante poco tiempo, en algún momento. Esta simultaneidad explica que se documenten interferencias entre ellos y también que encontremos en una misma zona del templo capiteles adjudicables a distintos talleres. Pese a ello, sin embargo, creo que puede hablarse sin dificultad y con fundamento de un claro escalonamiento cronológico en la intervención de cada uno de los talleres.

El primer grupo de capiteles está constituido por la casi totalidad de los situados en la cabecera y el crucero, puerta abierta en su costado norte incluida. Algún ejemplar de este conjunto se localiza también en los tramos iniciales de las naves. Pese a su diversidad formal, hay en estos capiteles rasgos que los diferencian plenamente de los que conforman los otros bloques y que los dotan de una cierta identidad. Repárese, en particular, en el uso de astrágalos recorridos por una escotadura (o situada sobre él); en la tendencia a dotar a las hojas de un mayor volumen, una mayor plasticidad, o en la manera de tratar el ábaco de la pieza, sea decorándola con motivos geométricos, sea animándola con resaltes prismáticos en el centro y esquinas, sea, en fin, complementándola con motivos florales. La ausencia de precedentes autóctonos para ellos, situación que se repite también en alguno de los motivos decorativos que se utilizan en la cesta de piezas ubicadas en las parcelas en las que esos rasgos se hallan (pienso, en particular, en una cinta plana en relieve o en un rehundido que se dispone en zigzag, ornato que encontramos en el ábaco de algunos capiteles de la cabecera), invita a relacionar

su presencia en Meira con la llegada de maestros foráneos, ultrapirenaicos, procedentes verosíblemente de las regiones de origen de la Orden. A ellos habría que vincular también todo lo que de novedoso, planimétrica y constructivamente, ofrece la abacial en el panorama constructivo gallego de su tiempo. Pondero en particular, a este respecto, la solución, una bóveda de crucería cuatripartita, con nervios de sección trebolada que arrancan en punta desde los ángulos del cuadrado de base, adoptada para cubrir el tramo central del crucero.

El segundo grupo de capiteles, en el que pueden delimitarse fácilmente manos diversas, se define con precisión por dos rasgos básicos: la lisura, la ausencia de ornato en la parte superior de las piezas, y el tipo de hojas. Estas, cuando se emplean, son planas, se adhieren al núcleo del bloque, refuerzan su volumen, no lo alteran. Dentro de este segundo conjunto de capiteles se incluye alguno ubicado en el crucero y la casi totalidad de los situados en las naves. Se aprecia en estos, a medida que se avanza hacia la fachada, una potenciación muy marcada de su simplicidad, desapareciendo en los últimos tramos incluso el ornato, ofreciendo los capiteles únicamente la aplastante desnudez de sus volúmenes.

El tercer grupo de capiteles está constituido en esencia, por más que su huella o su impacto se detecte también en los tramos orientales de las naves, por los de las puertas sur (la llamada de los monjes) y oeste (repárese, en particular, en su composición y ornato, con hojas largas vueltas sobre sí en la parte de la cara), ellas mismas, en cuanto a su estructura, muy similares. Constan de tres arquivoltas semicirculares y chambrana, exhibiendo las dos una mayor complicación, un aumento progresivo de la decoración, desde el interior hacia el exterior. Con la actividad de este taller ha de relacionarse también, vista, por ejemplo, la identidad de los motivos que decoran sus arquivoltas con los que aparecen en la portada situada debajo de él (hojas simples o rizadas que en su parte superior vuelven sobre sí mismas), el rosetón que remata el cuerpo alto de la calle central de la fachada de poniente.

A tenor de lo dicho, pues, el primer taller, responsable del inicio de los trabajos de la abacial, foráneo, pues sus pautas no tienen precedentes en el entorno, debió abandonarla al llegar los trabajos a los primeros tramos del cuerpo longitudinal. La actividad de alguno de sus componentes, como demostró cumplidamente hace años J. D'Emilio y comenté ya en el capítulo introductorio de esta publicación, se detecta en otros edificios ubicados en la misma diócesis lucense vinculados al patronazgo de los fundadores de Meira y de sus familiares más directos.

El segundo taller, documentado ya en el crucero, se ocupó esencialmente de la construcción del cuerpo longitudinal. Será el que intervenga durante más tiempo en las obras de la iglesia. Pese a la escasa información llegada hasta hoy del complejo comunitario, su participación en él, como se verá, debió ser también significativa.

El tercer taller, el último en incorporarse al "*chantier*" meirense, centrará su actividad, poco significativa en el interior

del templo, en la realización de la puerta de los monjes y en la fachada occidental. De la localización de sus trabajos cabe deducir que, mientras el segundo equipo labora activamente en la realización de las naves que integran el cuerpo longitudinal del edificio, el tercero interviene prácticamente tan solo en las parcelas comentadas. El que entre las portadas que en ellas se insertan apenas se detecten diferencias (las que hay, escasas y más de ejecución que de concepto, se explican en lo esencial a partir de la diversidad de los materiales que en cada parcela se utilizan, duro granito en la puerta sur, más blando y dúctil, cual si fuese de tipo calizo, en la occidental), permite pensar, vista también la simplicidad de las naves, que se refuerza a medida que avanzan, que la construcción del cuerpo longitudinal del templo se llevó a cabo con rapidez.

No disponemos de mucha información directa y segura para fijar la datación de la iglesia de Meira. La combinación de referencias documentales y estructurales permite pensar en los años centrales de la novena década del siglo XII, alrededor, pues, de 1185, para el comienzo de los trabajos (en 1193 Alfonso IX concede al monasterio el realengo de Vilamartín "operi Sancte Marie de Meire", lo que nos da un *terminus ante quem* para el hecho que comento, cuyo arranque, no desmentido por las particularidades constructivas y decorativas del edificio –repárese, en particular, en la cornisa sobre arcos del hemicycle del ábside central, reintroducida por entonces en Galicia–, debió haber sido propiciado/impulsado por la confirmación en 1184, por parte de Fernando II, de su coto).

Para determinar la fecha de conclusión de los trabajos del templo se utilizó en el pasado como referencia un epígrafe, hoy desaparecido, conocido por copias publicadas, por primera vez, en 1798, que fijaba en 1258 el año de su dedicación, siendo abad Eimerico. La inexactitud de alguno de los datos que ofrece y, en segundo lugar, lo poco indicativa que esa ceremonia resulta con respecto a la situación de los trabajos (no está regulada "canónicamente" su celebración, pudiendo tener lugar en cualquier momento, sea cual fuere, pues, el estado real de las obras), la invalida como referente para la cuestión que nos ocupa. Para ello, por el contrario, sí es esencial poder documentar el impacto de las formulaciones constructivas y decorativas «meirenses» en empresas cuyas dataciones, por conservar epígrafes coetáneos, son de más fácil y cómoda fijación. Dos edificios lucenses de progenie monástica, San Salvador o Santiago de Vilar de Donas y Santa María de Ferreira de Pallares, ambos, en parte o como un todo, fechados por inscripción en la tercera década del siglo XIII (1224 la campaña inicial del primero, 1226 el remate del segundo), exhiben en sus fábricas, emparentadas entre sí por haber contado, en parte al menos, con los mismos artífices, soluciones y motivos cuyo origen se encuentra en la abacial cisterciense y no solo en sus parcelas más antiguas, sino también en las más recientes, las vinculadas a la actividad del tercer taller. El impacto de este se hace especialmente evidente en la iglesia de Ferreira de Pallares. Su conclusión, fechable en 1226, ha de tomarse inequívocamente como refe-

rencia, como "*terminus ante quem*", para datar la culminación de los trabajos de la abacial de Meira. Esta, pues, a tenor de lo señalado, se habría levantado, sin alteraciones del proyecto programado, sin solución de continuidad, por tanto, en más o menos cuatro décadas de actividad, las que van desde ca. 1185 a ca. 1220-1225.

La abacial descrita, a cuyo impacto no fue ajena tampoco la "nueva" Catedral de Mondoñedo, es una muestra señera del internacionalismo que significó, en este y en otros campos, a la Orden a la que sirvió. Nada debe, en lo esencial de sus propuestas, en planta y alzado, a las tradiciones locales. Sus novedades constructivas (bóvedas de cañón apuntado y nervadas, con nervios terminados en punta) y también decorativas (tipos de capiteles, motivos geométricos) son foráneas, ultrapirenaicas, vinculadas a las regiones de origen de la Orden (Borgoña y territorios próximos), y no pasaron desapercibidas. Se convirtieron en un referente de invocación imprescindible, como modelo y también, sobre todo, como laboratorio, como escuela de formación de canteros / escultores y, por tanto, como centro de difusión, para analizar la evolución de las manifestaciones arquitectónicas y decorativas en Galicia, muy especialmente, como parece lógico, en el territorio diocesano al que pertenecía y singularmente, por vínculos de carácter histórico-familiar, en su parcela meridional.

Texto: JCVP

#### DEPENDENCIAS MONÁSTICAS

La incorporación de Meira a la Congregación de Castilla a principios del siglo XVI (en 1508 según A. Yepes, en 1514 según A. Manrique) supuso, como sucedió también en los restantes monasterios gallegos, el inicio de un proceso de renovación de las viejas dependencias monásticas, explicable no solo por el lógico deterioro de esas estructuras precedentes sino también, y sobre todo, por la necesidad de adaptar la disposición y particularidades de las estancias a los nuevos usos impuestos por el Órgano rector de la Orden en tierras hispanas. J. Villaamil y Castro llegó a ver, hacia 1868-1870, el complejo monástico completo, del que nos proporciona una descripción muy breve (le dedica exactamente 21 líneas) e imprecisa y también un plano del conjunto. Dos datos de este, por las circunstancias que en ellos concurren, merecen atención. Por un lado, el trazado del renovado claustro procesional. No ocupa este, del que todavía quedan hoy vestigios significativos, la totalidad del costado meridional de la iglesia. Permanece libre su extremo occidental, abarcando parte del penúltimo tramo de la nave sur y la totalidad del último. A tenor de los restos que todavía hoy se pueden apreciar, cabe afirmar que hay un error en el plano de Villaamil y que la única parcela entonces visible era la correspondiente al último tramo de la nave, esto es, la ocupada por el callejón de



conversos, comunicado con el templo por la llamada, justamente por estar destinada a ellos, puerta de conversos, conservada, como ya señalé, por el interior del templo y no visible en la actualidad desde el exterior debido a las modificaciones sufridas por esa parcela, singularmente tras la Desamortización. Quiere esto decir que la renovación, avanzado el siglo XVI, del claustro procesional, se hizo respetando el perímetro del precedente, el medieval, pese a que la "institución" de los hermanos conversos, a quienes se reservaba el uso de su ámbito occidental, ya había desaparecido y, por tanto, no era necesario contar con espacios específicos para ellos.

Este sometimiento al trazado precedente debió venir propiciado por la conservación de algunas otras dependencias anteriores cuyo buen estado material y, sobre todo, su utilidad propiciaba su mantenimiento. Llama la atención, en este sentido, una estancia ubicada en el ángulo suroeste del claustro publicado por Villaamil a la que este denomina *capítulo, calefactorio o, quizá, cocina*. Por su ubicación, no cabe duda de que se trataba de la cocina, situada siempre en ese lugar en los monasterios de la Orden. Se trata de una sala de planta cuadrada, dividida en nueve compartimientos, todos cubiertos con bóvedas de crucería, por cuatro columnas centrales, un modelo muy similar al que todavía hoy podemos contemplar en el monasterio de Sobrado. Un solo rasgo las separa: la conformación del tramo central, idéntico a los restantes en Meira, coronado con por chimenea en Sobrado. Nada podemos decir, por falta de datos, sobre su alzado, sí, en cambio, sobre su cronología. Esta, a tenor de la secuencia constructiva de la abacial y de la data que cabe asignar a la estancia homóloga de Sobrado, ha de situarse en torno a la cuarta década del siglo XIII.

Inmediata a la cocina, por su lado este, se sitúa el refectorio. Su emplazamiento y su configuración, perpendicular al claustro procesional, responden a pautas habituales en los monasterios cistercienses. Cabe suponer, sin que podamos ir más allá de la conjetura, que la estancia que ve y dibuja Villaamil era la de tiempos medievales. De entonces procede también un capitel, de gran esbeltez, conservado en el Museo Provincial de Lugo. Está decorado con largas y estilizadas hojas lisas, sin apenas resalte, muy ceñidas al bloque. Es obra, sin duda, de uno de los talleres, el segundo citado, que trabaja en la abacial. Sus particularidades formales y el hecho de que no sea entrego permiten pensar que perteneció al inicial claustro procesional del monasterio. Este, a tenor de lo indicado más arriba, se habría comenzado hacia los años finales

de la construcción de la iglesia, esto es, a partir de la tercera década del siglo XIII, poco antes, pues, de la realización de la ya comentada cocina comunitaria.

Texto: JCVP - Fotos: JNC

### Bibliografía

- AMOR MEILÁN, M., s.a.c. (1980), pp. 423-427; AZCÁRATE RISTORI, J. M. de, 1953, II, p. 235; BARRAL RIVADULLA, M. D., 2000, II, pp. 81-92; BARRAL RIVADULLA, M. D., 2002, pp. 611-626; CARRO GARCÍA, J., 1953b, pp. 13-14; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972, pp. 312-313; CATALÁN TOBIAS, S., 1990, p. 122; CHAMOSO LAMAS, M. *et alii*, 1973, p. 39; D'EMILIO, J., 1996b, p. 89, n. 14; D'EMILIO, J., 1997, pp. 549 y 563-564; D'EMILIO, J., 2004, pp. 320-323; DIMIER, A., 1949, I, pp. 33-34 y 135; DJALIKYAH, 1977; DOMÍNGUEZ CASAL, M., 1952; ENGROBA CABANA, S., 2006, pp. 67-77; ESTEBAN CHAPAPRÍA, J. y GARCÍA CUETOS, P., 2007, II, pp. 349-357; EYDOUX, H. P., 1954, pp. 199-200; GALLEGO DE MIGUEL, A., 1963, p. 25; GARROTE RECAREY, M., 2010-2011, pp. 75-112; GUERRA MOSQUERA, J., 1991, pp. 101-110; JANAUSCHEK, L., 1877, p. 73; KING, G. G., 1923, I, pp. 55-58; JARTÍN SALGADO, Y., 2016, pp. 13-17; LAMBERT, E., 1931, pp. 83-84; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1909, II, pp. 449-450; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1952, pp. 353-369; MANRIQUE, A., 1642-1659, I, pp. 455-456 y IV, p. 617; MARIÑO VEIRAS, D., 1983; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, pp. 186-187; RENZI, F., 2014, pp. 147-205; RISCO, M., 1798, XL, pp. 30-34; SÁ BRAVO, H. de, 1965 (1968), pp. 21-24; SÁ BRAVO, H. de, 1972, I, pp. 485-489; SÁ BRAVO, H. de, 1983, pp. 30-37; SÁEZ SÁNCHEZ, E., 1942-1943, pp. 500-519; SÁNCHEZ AMEJEIRAS, R., 1998, pp. 108-109; SÁNCHEZ-PACÍN, J. M., 1983, pp. 373-397; SARTHOU CARRERES, C., 1953, p. 257; TIJBURG, W., 1953, XV, p. 182; TORRES BALBÁS, L., 1922, IV, pp. 206-207; TORRES BALBÁS, L., 1954; VALLE PÉREZ, J. C., 1974-1991, XX, pp. 230-233; VALLE PÉREZ, J. C., 1981c; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 153-186; VÁZQUEZ SACO, F., 1953b, pp. 189-196; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1897; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1904, pp. 63-105; YÁÑEZ NEIRA, D., 1974-1991, XX, pp. 227-230; YÁÑEZ NEIRA, D., 1977-1978, pp. 34-52; YÁÑEZ NEIRA, D., 1988, XXXIII, pp. 531-610; YÁÑEZ NEIRA, D., 1993; YÁÑEZ NEIRA, D., 2000, II, pp. 59-79 y 93-95; YZQUIERDO PERRÍN, R. y MANSO PORTO, C., 1996, XI, pp. 32-39.